

Asepsia

Ya hemos recalcado muchas veces el hecho de que la sociedad está configurada para que nos sintamos pequeños, indefensos y a merced de fuerzas externas.

Esta mañana se me venían ideas a la cabeza al respecto de nuestra forma de desenvolvernarnos, nuestra higiene, nuestros hábitos de consumo, entre otras.

Un día cualquiera nos damos una buena caminata por el campo, disfrutamos de nuestro paseo, el silencio, contemplando... y llegamos a un enclave donde nos sentamos a descansar y a respirar. A nuestros pies, un coqueto riachuelo de aguas cristalinas canturrea mientras corre alegre por entre los cantos rodados. Tenemos sed. Pero no llevamos agua encima. Habrá que aguantarse la sed hasta que volvamos a casa.

La posibilidad de beber del riachuelo apenas asoma en nuestra mente como un mochuelo en su nido a plena luz del día. Nos damos la vuelta y seguimos la marcha. Y sólo después de un rato nos volvemos a plantear fugazmente, en el mejor de los casos, el haber bebido del arroyo.

Actos como éste son de lo más cotidiano. Ahora parémonos a pensar.

¿Por qué no hemos bebido? Es sencillo de entender. Somos víctimas de un condicionamiento mental que se pierde en el tiempo.

Se nos enseña desde pequeños que el hombre ejerce un impacto brutal sobre la naturaleza, y que nuestra huella es indeleble aún para la propia Tierra. Demasiadas veces hemos oído que los ríos están contaminados, que les llegan vertidos de todas clases, filtrados de abonos químicos y pesticidas, suciedades y basuras de todo tipo. Esto es cierto en muchas ocasiones, y salta a la vista en numerosos casos, pues sólo el aspecto o el olor ya evidencian los signos de la contaminación. Pero no es extrapolable a todo.

El condicionamiento se pone de manifiesto en nuestro comportamiento. En el supuesto anterior nos damos media vuelta y nos vamos con sed. Hemos oído tantas veces eso de que los ríos están contaminados que esta idea se ha convertido para nosotros en un axioma. Pero no es verdad. No siempre. Un riachuelo de aguas cristalinas que discurre por el campo *¿puede llevar algo de contaminación?* Si hay cultivos cercanos y si se tratan con químicos, puede, pero la tierra filtra y purifica, y lo que lleve será tan ínfimo que compararlo con nuestros hábitos nos moverá a la risa. En pos de la asepsia bebemos agua de nuestros grifos, tratadas con cloro, flúor y otros compuestos que la hacen "potable". O bebemos aguas embotelladas en plástico que llevan meses en un almacén antes de su distribución, disolviendo los hidrocarburos tóxicos de la botella. Y bebemos estas aguas pensando que son más puras, más limpias y más saludables que el agua de un riachuelo cristalino, henchido de luz, de oxígeno y de vida. Una vez más se pone de manifiesto lo absurdo de nuestros comportamientos. Cuantas veces actuamos sin pensar, sin lógica, sin sentido común.

El agua viva es nuestra enemiga. Hasta en los manantiales naturales colocan la etiqueta de "*Agua no apta para el consumo*" o "*Agua no potable*", por no estar tratada por las autoridades sanitarias "*competentes*".

Y esto se extrapola a todo. El Sol también es otro enemigo. El dador de vida, nuestro enemigo. Sin Él el agua y el aire no serían posibles. Pero nos lavan la mente para que le tengamos miedo, y andamos protegiéndonos con miles de cremas y potingues... no nos venga un cáncer de piel.

Acordémonos del personaje llamado Superman. ¿De dónde emanaba su fuerza? De la energía del Sol. Él se recargaba con el Sol. Pero claro, eso son cosas de las de los tebeos y las películas, pero precisamente las ponen ahí para que lo veamos como fantasías, y parezcan que nada tienen que ver con la realidad.

Pocos han probado el mirar fijamente el sol del amanecer, y respirar. Te aseguro que el día que lo haces eres otra persona. No sólo porque efectivamente recarga toda tu fisiología, *te pone las pilas* hablando coloquialmente, sino porque además entras en comunión con *Él*.

Pero no. No se nos ocurra andar por ahí inundándonos de luz. Es mucho más saludable ponernos unas gafas negras y no permitir que sus rayos lumínicos entren en nuestros ojos, y habitar así en un aséptico mundo de penumbras y oscuridades perpetuas.

Todo muy *razonable*. Todo en pos de *no sé qué* sensatez.

Y así con todo. No cojas el tomillo que hay al borde de la carretera para hacerte una infusión, porque pasan los coches cerca. Es mucho mejor ese que te venden en el herbolario, ese que viene en una bolsa de plástico. Ése es el bueno, no el que te ofrece la Madre Tierra, gratuita y amorosamente, sino el que está envasado, mustio y te cuesta un dineral.

Parece que ya que sólo lo que pasa por la mano del hombre y es debidamente manipulado es capaz de ofrecer salud. La Madre Tierra ya no puede, se ha vuelto incapaz. Millones y millones de años ofreciendo vida y ahora, de repente, se ha vuelto incapaz, a menos que intervenga el hombre. Dio origen al hombre y ahora depende de él. Curioso. Muy curioso.

Estúpido. Muy estúpido. El narcisismo antropocéntrico llegó a la cúspide de su delirio.

Y ahora, con lo del virus, hasta el aire es tu enemigo. Ya sólo es cuerdo respirar si primero *potabilizamos* el aire. Ahora sólo es digno de nuestros pulmones el aliento que ha sido filtrado y "purificado". Sí, estoy hablando de eso. La dichosa mascarilla.

Empezaron, siglos ha, privatizando las tierras. Esto los indios americanos no lo entendían, allá por los tiempos de la colonización inglesa y española. Luego vino, con la revolución industrial, la privatización del alimento. "*Agrupaos en ciudades, nosotros os daremos de comer*"- nos dijeron entonces. Y nos hacinaron en ciudades como a los indios en las reservas.

Luego privatizaron el agua, luego vino el impuesto al sol... y ahora nos han quitado el derecho a la libre respiración. Ya sólo puedes respirar si usas la mascarilla. Un paso más en pos de nuestra pequeñez y nuestra vulnerabilidad, como si nuestro cuerpo no poseyera recursos suficientes y filtros eficientes.

Acordémonos de ese momento de la película *Encuentros en la tercera fase*, donde era obligatorio el uso de máscaras antigases en la zona declara en cuarentena. Era todo una farsa, para que la gente no se acercara al lugar donde iba a suceder un encuentro cercano del tercer tipo. El protagonista se quita la mascarilla y respira hondo, y se da cuenta de que, en realidad, este aire era mejor que el respiraba habitualmente.

Amigo mío. Al aire no le pasa nada, al agua no le pasa nada. El sol no es tu enemigo. La Naturaleza no es tu enemiga, es tu Madre. Lo único que hay contaminado **es tu mente**. Lo único que hay pervertido **es tu inocencia**.

Es obvio que esta manera de funcionar tiene un porqué, y no estamos hablando sólo de que así se favorece la sociedad de consumo. Es más profundo.

Se trata de condicionarnos hasta el punto de vernos inválidos, desprotegidos, incapaces de sostenernos y funcionar sin el amparo de la tecnología y de la ciencia.

Desconectarnos de la Naturaleza es el fin de esta sociedad. Y el sistema educativo hace el resto, "educando" para repetir como papagayos salves absurdas y volver la espalda a nuestros dones más intrínsecos y genuinos.

Vivimos en un régimen estructurado donde se premia el atontamiento. El que llega a un examen y vomita todo lo memorizado sin rechistar, y obtiene un sobresaliente, ése es muy listo, y se le proveerán los mejores puestos dentro de la sociedad. Y será un *referente*.

El que se plantea, por el contrario, qué demonios hace tragándose dogmas de fe sin espacio para la crítica, ése no es apto, tiene un problema de atención o algo peor, y se le marginará o se le desterrará de cualquier atisbo de aprobación social.

Ser un buen ciudadano tiene un precio muy alto. Cortarás tus alas para volar, sacrificarás tu voz con la que reír, llorar o gritar, renunciarás a tus pies para caminar pero irás *cómodamente* sentado en una silla de ruedas autónoma, que te llevará donde ella diga. Olvidarás tu propia mente, y recitarás los eslóganes de moda. Y pagarás todo eso... a cambio de unas palmaditas en la espalda de vez en cuando. Quizá a muchos les merezca la pena. A mí no.

Ya somos muchos los que nos estamos cansando de vivir bajo la tiranía de la asepsia. Ya somos muchos los que nos estamos cansando de pasarnos el día rompiendo plásticos para acceder a cualquier cosa.

Volvemos hacia la Madre Tierra nos hace fuertes, y mirar en nuestro interior nos hace independientes, libres y a salvo de maneras de funcionar estúpidas y automáticas.

Pero sólo hay engaño si te dejas engañar. Es por eso que va siendo hora de dejar la supuesta *comodidad*, que tan caro se paga y nos hace débiles, por la autosuficiencia, que nos devuelve la rectitud a la espalda y nuestro vigor ancestral.

"Líbrate del miedo, la duda, la incredulidad: *libera... tu mente*" (*Morfeo: The Matrix*)

Vamos a dejar a un lado los miedos infundados. No tienen soporte, no se basan en nada lógico. Dirán que la ciencia demuestra que son fundados, pero eso no lo argumenta la verdadera ciencia. Lo dice la ciencia del sistema. Los científicos de verdad, esos espíritus inquietos como los Pitágoras o Newton de la antigüedad, esos que se atreven con la ciencia, la filosofía, la mística y la alquimia, esos no hablan. No les dejan. Su heterodoxia los convierte en herejes.

Esos verdaderos genios nunca apoyarían este disparate de la asepsia. Ni siquiera los virus y las bacterias son lo que nos han dicho en las facultades. Todo está al revés. Todo es una fábula torcida de moraleja absurda.

En fin, pues todo esto me ha venido a la cabeza mientras paseaba. Será que el contacto con la Naturaleza me ha sentado bien y ha despejado mis ideas. Te animo a que hagas lo mismo.

Antonio José